





¿HAY ALGUIEN AHÍ?



# ¿HAY ALGUIEN AHÍ?

Apuntes sobre vivir para leer y leer para vivir

Peter Orner

Traducción de Damián Tullio



CHAI EDITORA

Orner, Peter

¿Hay alguien ahí? : apuntes sobre leer para vivir y vivir para leer / Peter Orner. - 1a ed. -  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Chai Editora, 2020.  
280 p. ; 21 × 14 cm.

Traducción de: Damián Tullio.  
ISBN 978-987-47283-4-0

1. Literatura Contemporánea. 2. Memoria. I. Tullio, Damián , trad. II. Título.  
CDD 813

Título orginial: *Am I alone here? Notes on Living to Read and Reading to Live*

Copyright © Peter Orner, 2016  
Ilustraciones © Eric Orner  
Copyright © Chai Editora, 2020  
Copyright de la traducción © Damián Tullio, 2020

Diseño de tapa: Diseño gráfico Lamas Burgariotti. [www.lamas-burgariotti.com](http://www.lamas-burgariotti.com)  
Foto de tapa: Maximiliano Magnano  
Corrección: Florencia Parodi  
Diseño del interior: Claudia Arce

Primera edición: abril de 2020

ISBN: 978-987-47283-4-0

Hecho el depósito que marca la ley 11.273



**CHAI EDITORA**

Austria 1840 depto V.  
(C1425EGD) Ciudad de Buenos Aires, Argentina  
[www.chaieditora.com](http://www.chaieditora.com)

El autor agradece a los editores de las publicaciones donde estos ensayos se publicaron por primera vez: *The New York Times*, *The Atlantic*, *McSweeney's*, *Best of McSweeney's*, *Buzzfeed*, *Guernica*, *Salon*, *The Millions*, *ZYZZYVA*, *Eleven Eleven*, *No Tokens*, *The Rumpus* y *Die Literarische Welt* (Berlín).



*Para Katie, Phoebe  
y  
a la memoria de mi padre.*



Soy culto a pesar de mí mismo y ya no sé qué ideas son mías, surgidas propiamente de mí, y cuáles he adquirido leyendo, y es que durante estos treinta y cinco años me he amalgamado con el mundo que me rodea porque yo, cuando leo, de hecho no leo, sino que tomo una frase bella por el pico y la chupo como un caramelo, la sorbo como una copita de licor, la saboreo hasta que, como el alcohol, se disuelve en mí, la saboreo durante tanto tiempo que acaba no solo penetrando mi cerebro y mi corazón, sino que circula por mis venas hasta las raíces mismas de los vasos sanguíneos.

Bohumil Hrabal, *Una soledad demasiado ruidosa*



## Apuntes para una introducción

Estoy solo en el garaje con un montón de libros. No hay un solo lugar en los estantes. No me queda otra opción que apilarlos. En realidad, se supone que vivo en el departamento de arriba, pero la mayor parte de mi tiempo la paso aquí abajo en lo que llamo, sin tanta ironía, mi oficina. Nuestros exvecinos solían filmar pornografía amateur en este espacio. Cuando se mudaron, dejaron unos reflectores tan poderosos que si llegara a olvidarlos encendidos de noche, la casa se prendería fuego. Yo me siento aquí, bañado por la luz, a mirar estas pilas de libros que me van a sepultar vivo cuando llegue el gran terremoto que tanto anuncian y pienso: terremoto o no, voy a estar muerto antes de que pueda leer un cuarto de los libros guardados aquí abajo. De esto no hay dudas. Quizás si lo digo en voz alta podré creerlo. *Voy a estar muerto antes de que pueda leer un cuarto de los libros guardados aquí abajo.* Eso deja al menos a tres cuartos de los libros sin leer. Me suena lógico medir la vida en libros que uno no ha leído. Todas esas experiencias que no tendremos, los lugares a los que no iremos, las personas que nunca vamos a conocer. Sin embargo, por si acaso, le pedí a mi familia que me enterrara con una buena biblioteca.

Aquí abajo, además de libros, insumos cinematográficos sin usar, cajas de preservativos, frascos de aceite de coco sin abrir (intrigante) y almohadas enfundadas en terciopelo, también hay neumáticos para la nieve de un auto que ya no existe. Hay un casco de bici reven-

tado. ¿De quién? ¿Quién guarda un casco roto? Pero yo tampoco lo tiro. No tiro nada. Considero que todos y cada uno de los objetos son alimento para alguna historia que merece ser contada. Básicamente soy un acumulador con una mentalidad intelectual. Toda esta basura es para mi arte. Hay valijas (siempre son buenas para un cuento), raquetas de squash, palas, un solo patín (talle 43), un colchón sucio y ocho o nueve latas de pintura amarilla. Una vez quise pintar la cocina. Hay una campana de hierro demasiado pesada para moverla. También una montura. ¿Por qué una montura? ¿Hace cuánto que esta montura está aquí? ¿A lo largo de cuántas décadas de inquilinos? *Una montura inglesa*, puedo escuchar a mi padre decirlo. ¿Ves? *Hay una elegancia inherente a una montura así. Tiene un cuerno, ¿ves? Los cuernos son para los holgazanes.* Aquí y allá hay ratones chillones espiando por sus pequeños agujeros en las paredes. Ya no tienen miedo. La gata que solía dormir en el sillón murió el mes pasado. La encontré tirada en su rincón. Ella siempre salía disparada ni bien abría la puerta del garaje y dejaba la huella de su cuerpo en el almohadón para que yo la emparejara. Supe que había muerto cuando, al abrir la puerta, ni siquiera se mosqueó. Había estado tan flaca por tanto tiempo. La enterré (nunca supe su nombre) en un montículo de tierra detrás de nuestra casa. Ahora los ratones salen y saludan. Yo les devuelvo el saludo. Les digo: ey, estoy leyendo este libro increíble de tal y tal. Se encogen de hombros y vuelven a olisquear sus astillas de madera y polvillo de óxido.

Siempre sospeché de las introducciones, los prólogos, las palabras preliminares, etc. La mayoría de las veces son el último recurso para influenciar la forma en que el libro debe ser leído. Esta es la razón por la que este libro merece su atención. El escritor en cuestión, en particular, es la última persona capacitada para responder eso. Es como ser tu propio abogado. Solo que un prólogo te incrimina aun más. Como

en general me los salteo, no te culpo si deseas hacerlo tú también, dado que estoy a punto de intentar aquello por lo que condené a otros. ¿Confesarlo me hace menos hipócrita? En cualquier caso, he aquí un intento de autojustificación: poco después de cumplirse un año de la muerte de mi padre, descubrí que, por primera vez desde que tengo memoria, no podía sentarme a escribir ficción. Mi padre y yo nunca fuimos especialmente cercanos, y de seguro mucho menos cercanos de lo que él hubiera querido. Durante años solía llamarme tres, cuatro, cinco veces al día. Llamaba y llamaba. Nunca lo atendía. Pero de alguna manera esto de no ser cercanos, al menos de mi parte, se sentía como una forma de estar cerca. Ese hecho ayudó a definir mi precaria existencia. Siempre hubo una grieta entre nosotros. Y dentro de la grieta, una especie de amor. Ahora ya no hay grieta ni nada. Nunca se me ocurrió la posibilidad de que en algún momento él ya no caminaría por la casa de mi infancia, ni le daría cuerda al reloj del abuelo en la sala de estar ni se pasaría hilo dental en su baño pintado de azul. Su repentina ausencia me dejó con un vacío que no tenía idea de cómo llenar. Dado que destruir el vacío con palabras forma parte de mi trabajo, me sentí a la deriva. Mi incapacidad para trabajar —la ficción es mi trabajo de oficina, no importa cuán poco y lento lo paguen— pudo estar relacionada con el hecho de que, de muchas formas, mi padre siempre había sido un personaje más dentro de mi vida. Sin él ya no tenía a mi criatura más extraña. El funeral de mi padre en Skokie, Illinois, no fue ficción. No fue invención mía el rabino que jamás supo el nombre de la persona de quien hacía la elegía. Estábamos en principios de abril y nevaba. Copos de nieve livianos se derretían en mi cara como lágrimas de cotillón. Tiramos una urna llena de ceniza en un agujero cuadrado y pequeño y volvimos a nuestros autos.

El luto pesa, el arrepentimiento todavía más, y descubrí que sin cierta ligereza no había forma de que pudiera crear vidas imaginarias. Fue durante esos meses confusos que se me ocurrió algo. No te rías. Todos estos años de leer y tratar de escribir, horas y horas de lectura e

intentos de escritura, para que una tarde, en un garaje, me diera cuenta de que todo este tiempo estuve viviendo. ¿Cuánto tiempo pensaba que iba a durar esta farsa?

En algún momento, estos apuntes empezaron a transformarse en algo distinto de lo que pretendía que fueran. Comencé a escribirlos en 2008, otra época de gran confusión, en el ocaso de un matrimonio, pero nunca quise que fueran personales. Eran solo un diario íntimo matutino. Piensa en este como un libro de meditaciones literarias sin digerir que atraviesan mi biografía. Después de un tiempo, empezó (tímidamente) a tener cierta lógica. Solo a través de la lectura pude darle alguna clase de sentido al mundo que me rodeaba, incluida mi propia existencia. Los cuentos dicen lo que yo no puedo decir. Hace unos años me topé con la palabra “écfrasis”. Tuve que consultar al menos dos diccionarios para descifrar qué quiere decir. Esencialmente: arte que intenta describir otro arte. Al principio la palabra me sonaba pretenciosa, y todavía tengo alguna duda sobre cómo se pronuncia, pero entendí que quizás sea eso lo que estuve haciendo con estos apuntes: arte (deslucido) de otro (gran) arte como una forma de explicarme algunas cosas a mí mismo. Tanto las historias propias como las que me apasionaron constituyen la esencia de quién soy, aunque yo mismo no sepa bien quién soy. Sé que soy un chico judío de Chicago, pero sin Antón Chéjov, sin Isaac Babel, sin Eudora Welty, sin Juan Rulfo, sin John Edgar Wideman, sin Gina Berriault, sin Malamud, Gallant y Dubus (la lista sigue y sigue y sigue),<sup>1</sup> no estoy

---

1 Hawthorne, Dickinson, Whitman, Jean Toomer, Sherwood Anderson, Aku-tagawa, Henry Green, Elizabeth Bowen, V. S. Pritchett, Devorah Baron, Camara Laye, Bruno Schulz, Felisberto Hernández, Joseph Roth, Elio Vittorini, Cesare Pavese, Natalia Ginzburg, Primo Levi, Italo Calvino, Bessie Head, Herman Charles Bosman, Dambudzo Marechera, Clarice Lispector, Ralph Ellison, Nelson Algren, Jane Bowles, J. B. Edwards, Elizabeth Bishop, Peter Taylor, Ida Fink, Alistair MacLeod, Penelope Fitzgerald, Henry Dumas, Marie Vieux-Chauvet, Danilo Kiš, Richard Ya-

seguro de si tendría idea de quién soy. Incluso con ellos, algunos días no sé quién demonios soy. Ahí lo tienes. Completamos el círculo. Estoy tan confundido como lo estaba cuando empecé. ¿Ves lo que decía sobre las introducciones?

Lo que sí sé con seguridad, de todos modos, es que me atraen ciertas historias por su desafiante rechazo a hacer lo que acabo de intentar, esto es, querer explicarse a sí mismas. La ficción no es ingeniería, es alquimia. Cualquiera que se jacte de tener absoluta certeza sobre los mecanismos con los que opera la ficción es un charlatán de feria. Una obra de ficción puede tener todos los elementos supuestamente esenciales, el escenario, los personajes, la trama, el conflicto, y aun así estar tan muerta que ningún profeta podría resucitarla. Consideren esto un anti-manifiesto. La ficción no funciona. No hay algoritmo. Ningún robot ni súper computadora podrá jamás escribir un cuento que te ponga la piel de gallina. Prueba y verás, Silicon Valley. Puede que algún día conduzcan nuestros autos, pero nunca nos harán llorar, porque es tan imposible explicar exactamente qué es lo que hace que un cuento funcione o no funcione como intentar explicar el amor y el desamor. Digamos que ves una cara en la multitud viniendo hacia ti. Esta cara en particular te recuerda a alguien que solías conocer, alguien que alguna vez amaste. ¿Podrías explicar con palabras ese momento de reconocimiento? ¿O todavía peor, muchísimo peor, ese momento de des-conocimiento? ¿Podrías explicar qué sentiste cuando se acercó y te diste cuenta de que ese completo desconocido no era quien pensabas? Ese momento en que la

---

tes, Grace Paley, Benedict Kiely, Guillermo Rosales, Larry Levis, Leonard Michaels, Zbigniew Herbert, Gwendolyn Brooks, Joseph Brodsky, Caleb Casey, Raymond Carver, Ryszard Kapuściński, Tillie Olsen, Evan S. Connell (quien alguna vez escribió: "La ficción habla con mil voces")... Todos los días me siento rodeado de todos estos nombres impresos en los lomos, nombres que por sí solos suenan como música, así como todos los que dejé afuera, incluidos aquellos autores vivos que todavía no pude leer.

vista se pone borrosa. Porque la persona que pensaste que era —ella o él, quien sea que fuera para ti— ya no está. Hace mucho que no está. ¿Podrías explicar el momento en que pediste disculpas con los ojos porque no tuviste la fortaleza para decirlo en voz alta? *Disculpe, pensé que era otra persona...*

El otro día en el parque, mi hija me dijo:

—Lo único que amas son las manzanas y los libros.

Protesté, le dije que hay otra cantidad de cosas que amo además de los libros y las manzanas, querida mía, incluidas, por supuesto, tú y tu madre. Le dije que ser su padre fue por lejos lo mejor que me pasó en la vida, ni bien me recuperé del shock.

—¿Qué shock?

—¿Amas las sorpresas, no? Es así. Te encantan, pero nunca estás exactamente preparada cuando...

—Siempre estoy preparada.

—Lo importante del asunto es que estás aquí y que tu existencia básicamente me salvó la vida. ¿De acuerdo? Yo no habría podido...

—¿Salvé tu vida de qué?

—Esa es una historia más larga.

—¿Cuán larga?

—El parque cerrará antes de que llegue a contarte siquiera la mitad.

—Hazla más corta, entonces.

—¿No quieres volver a subir a la rueda que da mareos?

—Habla. Di algo.

—Digamos que estuve a punto de caer.

—¿A la piscina?

—Algo así.

—¿A qué piscina? ¿La de Woodacre?

—Una piscina hipotética.

—¿Y dónde queda eso?

—En Montana.

—Pero tú sabes nadar.

—A veces la gente se olvida.

—¿Y qué pasó después?

—Bueno, fue como irse a dormir bajo el agua.

—¿Quieres decir ahogarte? ¿Incluso cuando sabes nadar? ¿Kapat?

—Sí. Incluso si sabes nadar. Como sea, escúchame, tú eres mejor que cualquier libro. ¿De acuerdo? No bromeo. Cuando lleguemos a casa puedes tirar todos mis libros a la calle.

Sus ojos grandes se llenaron de una sospecha que no tenían nada que hacer en la mirada de una niña de cinco años. Quizás no fui muy convincente. Para responderle tuve que sacar la vista de la página que estaba leyendo y todo el tiempo que duró la conversación dejé ahí mi dedo para recordar por dónde iba.

Mi papá leía todo el tiempo. En su mesa de luz siempre había pilas de esos libros de Dick Francis que mezclan carreras de caballos y crímenes, pero también novelas de John Galsworthy. Lo de las carreras de caballos era entendible. Mi padre se crió montando y amaba leer acerca de caballos tanto más que sobre las carreras. Una vez dijo que le hubiera gustado ser de la policía montada de Canadá. Pero ¿qué le atraía a mi padre (un hombre criado en la Avenida Fargo de Rogers Park, Chicago) de Galsworthy y sus cuentos sobre la hipocresía y las intrigas de la clase alta británica? Qué simples e intangibles son las preguntas que nunca nos hacemos. ¿Tanto esfuerzo me costaba levantar el teléfono y llamarlo cuando todavía estaba en la faz de la tierra?

Junio de 2015

